

importancia incalculable. Es su riqueza y es su recreo. El campo es donde apetece estar. Sus afueras son deliciosas. Ir temprano al Santuario de San Pedro Alcántara, que regenta nuestro paisano el Padre José Comino, constituye un deleite singular, por la belleza del paisaje, con árboles de diferentes clases, arroyos rumorosos a todo lo largo del camino, con agua finísima, aire fresco, limpio, embalsamado, gran silencio y la campana del Convento que se oye remota, sin verse la residencia. Aquello es un anticipo del Paraíso.

Ir a Guisando por su carretera de la derecha del Castillo, para volver por los caminos de herradura del Charco Verde, es una excursión que tenía muchas ganas de colocarnos el joven Pecci, andarín consumado, y la hicimos. La situación de Guisando es maravillosa, de ensueño, decía una andaluza hospedada en el Hostal. Está fuera del Barranco ya, pero tiene un barranco para él solo y el caserío está casi en lo más hondo de la sima, amparado por las ingentes crestas de los Galayos, que le libran de todos los aires y envuelto materialmente en frondosísimo pinar que lo hace casi invisible.

Como todos estos pueblos, está cruzado por corrientes de agua muy fina, muy fresca, cristalina. Sus calles son estrechas, oscuras y poco limpias; sus casas lóbregas, de doble planta.

En las afueras hay un cercado de piedra, redondo, que sirve de plaza de toros y una fuente rodeada de asientos y mesas de piedra, para comer cómodamente. Los vecinos muy amables y serviciales

Para volver por el Charco Verde no hay más que seguir la corriente de las aguas, pero poco menos que a salto de mata y de mata y

piedra unos ocho kilómetros, subiendo y bajando cuestras, entre cerros enormes, totalmente cubiertos de pinar y una variedad de paisajes a cual más sugestivos. Por el fondo del Valle va el río Arenas, cuyas aguas luchan incansablemente con las piedras para labrarse un cauce regular y en muchos lugares que no ha conseguido todavía quebrantarlas lo suficiente, se remansa el agua sin llegar a estancarse y uno de esos remansos, de los más grandes, recibe por su color el nombre de Charco Verde, donde como en todo lo largo del río, hay gran número de bañistas.

Son muchos los arroyuelos y meandros que se cruzan en el camino hasta llegar a la fuente del Puente Pelayo, lugar de reposo obligado y refresco ineludible, con aquel agua divina, porque allí no llega nadie que no vaya acalorado y cansado viniendo de arriba, cuyo único medio posible es el coche de San Fernando.

Desde la fuente hasta Arenas, por la magnífica carretera asfaltada que viene serpenteando desde Candeleda, los montes cuajados de pinos, es un paseo encantador que aprendimos en las excursiones y nos dimos a diario. No se cansa la vista de admirar aquel paisaje y el pecho de respirar aquel aire tan cargado de resina, tan puro, tan fino y limpio como el agua.

La enfermedad que nos llevó a tan preciosa tierra, agudizada inesperadamente, nos impidió visitar toda la comarca, como deseábamos, cosa que habremos de hacer en mejores circunstancias, pues no ha sido poco el agrado que encontramos, el encanto de la tierra y la simpatía de las personas, especialmente el ilustre alcazareño y buen amigo, guardián del santuario, Padre José Comino.



sorpresa confumaz

A lo tonto, a lo tonto, llegó «Santicos» a la vifia de un vecino. Estaban vendiendo en una punta. El entró por la otra, y llenó las «aguaeras» sin atender las voces que le daban. Arreó la borrica, alejándose por la linde, pero lo alcanzó el amo protestando y él muy cándidamente: ¡Ándal, ¿pero era tuya? No lo sabía, no lo sabía. Pero ¿era tuya? Y dale que dale a la borrica, sin parar hasta que lo tuvieron que dejar salirse con la suya.